

## EL ENCANTO DE LOS POETAS TARDÍOS (Aproximación a la poesía de Isaac Oliva y Cres Sanz Ruipérez)

*Marcelino García Velasco*

INTENCIONADAMENTE, porque cincuenta años para unas “Publicaciones” son muchos años, he escogido, para que compartan el acontecimiento, a dos poetas nacidos muy ayer, y que empezaron a escribir -al menos a publicar, que a tal llamamos escribir- cuando la madurez de la vida les salía por las palabras y por los actos. Ellos son Isaac Oliva y Cres Sanz Ruipérez, a quienes calificarán de poetas tardíos; pero como la poesía no es flor de un día, sino acarreo de toda una vida, campo de acogida de experiencias en el que brote el poema alimentado por cuanto allí se posó, velay que poco importará la edad desde la que un poeta empieza a dar forma al canto que lleva dentro.

No hay poetas tardíos, sobre todo cuando a este adjetivo temporal se le reviste de un matiz negativo, torpe expresión caritativa para condicionar la calidad al tiempo. Sólo hay poetas. Y hasta puede que el poeta tardío tenga la ventaja de repetir menos veces el mismo canto y, por ende, la gran virtud de no repetirse, de no entrar en amaneramientos expresivos, lindezas verbales que encontraremos en todos los poetas prolíficos por haber vivido mucho escribiendo.

Bienaventurados los poetas de obra escasa porque de ellos será el reino de la poesía inimitable. Ahí están Fray Luis de León y San Juan de la Cruz.

Pero bien, estos dos poetas son tardíos, aunque de siempre supieron ver las cosas de la realidad de una manera diferente o, al menos, personal, sin más compromisos añadidos que el deseo de comunicar a los otros ese modo de ver las cosas que les entraban por los ojos, mayormente las sencillas: el vuelo de un pardal, la explosión del verdor sobre los campos, la mirada confiada de un niño, o las más terribles: la injusticia, la privación de libertad, la mirada agresiva de un niño.

Y un día, sólo por necesidad personal, sacaron de lo más hondo esa manera de ver y la llevaron a la blancura de un papel. Entonces ya habían consumido mucha vida, es decir: tenían dentro de sí un inmenso depósito de experiencias acarreadas en el tiempo.

Los he elegido completamente diferentes. Hombre y mujer los he elegido. Vitalista, él; profundamente resignada al dolor desde la rebeldía, ella. Trotacaminos, uno; espectadora tras los visillos, otra. Vienen del Boedo y del Cerrato: dos maneras diferentes de ganar la luz. El poeta se nos murió apenas cumplidos los cincuenta años. La poeta nos contempla desde sus noventa. Pulquerrima, ella; descuidadísimo, él. Ella fue maestra de escuela y él no quiso serlo. El llegó a ser padre, aunque no ejerció de tal, y ella no alcanzó a ser madre.

No sé si se unirían en el arrepentimiento. En él encontramos una biografía rica en aventura menor, de cada día; la de ella crece al amparo del silencio, también cotidiano. En lo único en que coinciden es en haber nacido en la primera década del siglo XX, con apenas dos años de distancia entre ellos.

Lo inevitablemente triste en los llamados poetas tardíos, es que aparecen cuando ya no hay sitio para ellos y, sin desearlo, se pierden las pocas alegrías mundanas o sociales que la poesía puede dar. Y como, además, por razón de edad van de humildes por la vida y con complejo de advenedizos, los doctos árbitros del saber literario de la ciudad apenas reparan en ellos, a no ser para ignorarlos. Y si un poeta gasta la vida en un territorio comarcal -caso de Oliva- para qué hablar de su trayectoria de conocimiento por los otros. ¿Se salvarán del olvido? Vaya usted a saber. De momento ellos hicieron lo principal para evitarlo: escribir. Y, luego, publicar lo escrito. Aunque recuerden a Blas de Otero: “escribir es viento fugitivo y publicar, columna arrinconada”. A lo peor, por razón de estar muerto, arranco de Isaac Oliva.

Nace este poeta en Villaprovedo en el año 1.910. Un pueblo perdido en uno de esos valles por los que Palencia se acerca a la montaña. Cualquier sitio es bueno para nacer; para morir, ninguno.

Como casi todos los niños despabilados y pobres de tierras sin mañana propio, encuentra hueco para su educación en un colegio religioso: el que los PP. Dominicos tenían en Valladolid y, allí, el escolarillo empieza el largo e incierto camino para llegar a ser fraile predicador. Y a fe que habrían tenido eco sus sermones. Pero no era lo suyo.

Después de cuatro años con los P.P. Dominicos deja el colegio y hace el Bachillerato en Valladolid. Muere su padre y vuelve a casa para sacar la familia adelante, truncándose así sus futuros estudios.

A partir de ahora va a engrosar esa masa de trabajadores en oficios ignorados, oscuros y necesarios en la vida rural y que eran menospreciados por los capitalinos, cuando no blanco de chistes nefandos. Y se echa a los caminos y alterna la función de su oficio por varias comarcas próximas al lugar de nacimiento. Y así le vemos andar por tierras de Cantabria y Palencia, pueblo a pueblo, rincón a rincón, cuadra a cuadra, con una estancia mínima en cada uno, viviendo entre animales y tabernas, polvo y telarañas, sudor y olores rancios, durmiendo -qué más da- en una cama, en un pajar o bajo las estrellas.

Tuvo casa -es un decir- en Herrera de Pisuerga, Cervera de Pisuerga y Vado-Cervera donde en 1.962 murió. Pero, como el convento, tampoco era lo suyo. Y, un día -ya para siempre- halló sitio en ninguna parte junto a mendigos, componedores, amigos de un rato en las tabernas con los que cambiar vino y pitillo. Una manera de beberse la tristeza hacia los dentro, porque, a pesar de la apariencia, de la socarronería y el desparpajo expresivo, así en la vida como en los poemas, creo que nunca la alegría acampó en el pecho de Oliva. Y no invento nada. Todo está escrito por el poeta en lo poco que de él conocemos, apenas una veintena de poemas.

“Yo conozco la poesía del camino y la llevo  
 Pegada a mi alma que cansada  
 Sólo se acuerda de aquel mendigo bueno  
 Que compartió conmigo  
 Cigarrillo y mechero;  
 De aquel prado en que estuve panza arriba...”

Y hay que hablar de Oliva persona, no para entender la poesía de Oliva, sino para valorar la autenticidad de su canto.

De los frailes dominicos, con los que se inició en el latín, aprendió aquello de “primum vivere”. Y así apareció poeta de natural, y capador de oficio, y vagabundo de vocación.

“Tengo en los ojos  
 Palimpsestos de caminos superpuestos.”

Vital y sorprendente embaucador de sueños, y niño tras el vino o, casi, un mago cordial en el ruido bullidor de la palabra.

Oliva, por poeta, era un fingidor que asustaba a los niños nuevos:

“ ... los niños que te miran asustados  
Pues les das -forastero -mucho miedo”

luego se acostumbraban a él y hasta anunciaban su llegada de casa en casa. ¡Ha venido Oliva! Aunque no hacía falta. Llegaba, siempre, a la cantina y allí, como en el poema: “¡Hola! ¿Qué hay ...? ¡Ya vuelto hemos a vernos!” Y a partir de ese momento cada uno preparaba su cerdo, su burro, su caballo, su cordero, cualquier animal del que no se esperaba sucesión, sino fuerza o carne.

Yo lo conocí en Perazancas, ya próximo a su muerte. Hablé con él, exactamente, un par de veces, y no de poesía, sino de cosas rurales y menudas, de todo eso de que se puede hablar en la cantina de un pueblo ante una frasca de vino y en la separación, que da proximidad, de una mesa, mientras te miran las bacaladas, el escabeche, las alpargatas. Nunca supo que yo era el poeta de ROCAMADOR que le había escrito una carta pidiéndole unos versos cuando los primeros números de la revista. Al momento me di cuenta de que lo que más amaba, aparte de la vida y sus cosas menudas, era la soledad.

“Siempre es de noche en la soledad  
Y estando solos se oyen gritos  
Y parece mentira  
Y no hay festones en las nubes  
Y no hay colores en las luces  
Y parece mentira  
Que sólo se oigan, y tan bien, las voces  
De no se sabe quién, pero allí está.  
Esa es la soledad. Nos acompaña”.

Años más tarde, no muchos, ROCAMADOR, que nada pudo hacer por dar compañía al hombre, le publicó todos los poemas -veintidós- que Gabino Alejandro Carriedo encontró a mano por aquí y por

allá. José María Fernández Nieto, que sin conocerlo corrió con los gastos de la publicación, hizo lo máximo que se puede hacer por un poeta: dejar clavada para el tiempo su voz en un papel.

La primera vez que hablé con Oliva me habían presentado como maestro del pueblo. “Yo también tengo títulos colgados en casa: uno como el tuyo; ése me dio saber. El otro corresponde a mi oficio y lo firmó la Facultad de Veterinaria de León, y me da el comer y el beber”.

Pero Oliva no tenía casa donde colgar títulos. Por más que dijese que su casa estaba en Vado-Cervera, la verdad es que su casa eran las fondas, los pajares, los caminos.

A Oliva le gustaba hablar, a pesar de amar la soledad. Lo suyo -después del trabajo- era beber en compañía. Y comprender. No sé si amar también. Siempre disculpaba la mezquindad del cliente campesino, su incultura secular y su barbarismo, el gran pecado de estar pegado a lo más despreciable de la existencia: esas miserias humanas que mantener para vivir. Y zahería y golpeaba el cretinismo de los poderosos del pueblo o de la nación:

“La mitad del Ayuntamiento de Herrera son bobos”, gritó un día en un bar de este pueblo. “Retrátate”, le exigió al siguiente, en el mismo sitio, la amistad del alcalde presionado por los miembros, ofendidos, del Consistorio, a cuyos oídos había llegado el anatema del capador. Y, entonces, Oliva, con el poderío de su socarronería, asistió a un pleno municipal y, en pleno pleno, pidió perdón porque, efectivamente, y en eso el alcalde tenía razón, la mitad del Ayuntamiento de Herrera no eran bobos. Y así le perdonaron. Verdad o no, de tal guisa me lo contaron.

La segunda vez no pude hablar. Lo hacían él y Julianín, un consolador de caminos, repartidor de embustes, colodra vinatera, compoñedor de pucheros y cazuelas, lañador de lozas y barros, que cargaba a la espalda un pesado cajón-taller y toda una filosofía vital de la experiencia andarina y su derrota.

Entre trago y trago de vino, un ir y venir de ironías y enseñanzas, hijas de la vida y de la soledad. Oírles hablar, era una fiesta. ¿Para qué había de intervenir yo?

Oliva no era un ácrata, en el sentido clásico de la palabra, pero sí quería ser un hombre libre, y quizá por ello se echó a los caminos y pasó la vida entre aldeas, caseríos y villorrios, y sólo alguna villa de tarde en tarde. Sabía que la sociedad era su odiada y distante enemiga. Él se vengó de ella zahiriéndola, y la sociedad de él ignorándolo.

Cualquier ocasión era buena para burlarse de una sociedad entre domesticada y trepadora, ambiciosa de poder o de dinero, de distinción o de vanidad. Hasta el poema era buen lugar para manifestarlo.

“No saber, no enseñar  
A las bestias  
A andar a cuatro patas,  
Que ya saben hacerlo.  
No te esmeres, amigo:  
Hay quien hace mil años  
Y más de mil estaba  
Predicando en el desierto, y hoy, ¿qué tiene?  
¿Algo más que difuntos dispuestos a vender  
A bajo precio el burro  
Del que no quieren apearse  
Quienes tratan de hacer el agua vino?”

De la única carta que me escribió conservo en la memoria -además del membrete: Hotel El Resbalón- dos manifestaciones: “Me brota la poesía como al adolescente los forúnculos.” Y “que había que hablar alto en este país, por más que cualquier leguleyo, y en cualquier momento, te puede cercenar, yugular y finir. Y se podían ir al peor sitio del mundo, por hediondo, los leguleyos y los silenciosos”.

De este poeta sólo tenemos un libro, mejor, un conjunto de poemas que dio contenido a *CORRIENTE Y MOLIENTE*, libro que ocupó el número 30 en la lista de los publicados por *ROCAMADOR*. Estos poemas son todos los que Gabino Alejandro Carriedo conservaba enviados por Oliva en cartas y tarjetas o que sabía en qué revistas se hallaban publicados. El título lo toma de uno de los poemas.

Gabino, que prologó este libro, nos hace saber en él que Oliva tenía preparado un amplio volumen con el título de LA VIGA EN EL OJO AJENO y que pensaba publicar.

Hoy, a 37 años de tal afirmación, estamos convencidos de que ese conjunto de poemas anunciado está perdido, destruido, seguramente.

Su familia directa, con la que no se trataba, no conocía ni el que publicó ROCAMADOR, y las personas que vivían con él, desgraciadamente, parece, no dieron valor a los papeles escritos por Isaac Oliva.

Gentes hay que no tienen suerte y pierden todo. Oliva perdió la vida y luego el que iba a ser su primer libro. Y el impreso, CORRIENTE Y MOLIENTE -que no llegó a ver- se perdió en las marañas del Ministerio de Información y Turismo adonde José María Fernández Nieto envió todos los fondos de la colección ROCAMADOR ante la promesa de una subvención a la editorial por ellos. Y se cumplió el refrán: “quien da pan a perro ajeno, pierde pan y pierde perro”, porque la subvención no llegó nunca y los libros, ¿qué fue de ellos?

Los poemas reunidos en este volumen se escriben entre 1952 y 1962. Por la manera de expresarlos entran algunos de ellos, enteramente, en el postismo.

#### PAISAJE MUSICAL

TRENZA el perro paradojas  
A cuatro patas. En el polvo  
También el cojo mendigo  
con un pie y un palo trenza.  
Bosteza a la espalda el cuévano  
Con nostalgia de mendrugos.  
Las corcheas de tres niños  
Vanse tras la blanca nota  
de la madre.  
El poste azul del teléfono  
Va separando valores  
de este papel de música

Donde los hombres cantamos  
(Cantamos los que cantamos)  
Solamente quienes somos  
Pobres hombres  
    pobres hombres  
        pobres hombres“.

El primer verso de este poema lo compraría el mismísimo Carlos Edmundo de Ory, que ya le compró uno, cierta vez, a Gabino Alejandro Carriedo, y a éste le habría gustado escribirlo.

El postismo deja tal poso en él que es fácil descubrirlo en muchos otros poemas.

“ Al tiempo que os felicito  
Os invito a penetrar  
En el lío de este mundo y sus palabras  
Mientras cestas haya que bostecen  
Ampliamente  
Con nostalgia de mendrugos“.

Mucho Gabino hay en la poesía de Oliva. Y esto lo señalo no como negativo, sino como ilustrador de fuentes. Todos tenemos un guía, un maestro que nos enseña a andar - sólo el fatuo proclama que aprendió solo - y lo que maravilla es que un hombre perdido en la montaña cantábrica por aquellos años leyera -era suscriptor- la revista EL PÁJARO DE PAJA y a Gabino Alejandro Carriedo, sobre todo en su libro DEL MAL EL MENOS.

Humor, ironía - socarronería, más bien - inconformismo social, comprensión y amor por los humildes, rebeldía y ternura, forman la materia de los poemas que conocemos de Isaac Oliva.

¿Cómo puede un hombre, que camina “ganando el pan que cada día me hacen/ Más duro, amargo y vomitivo”, manifestar poéticamente su denuncia social? Y cómo, si, además, nos confiesa: “soy ingenuo, feliz y sencillo“.

Pues lo hace conforme a su modo de ser, de una manera humilde, con cuidado de no herir -demasiado- a los culpables. Sin empujar, sin meter ruido, casi con una sonrisa, con una carga de amabilidad,

quiero decir de humanidad. Sólo una vez se desmanda, y es porque ha llegado la primavera

“Pasó la fiesta de San José.  
Ya están aquí las golondrinas  
Volando inconcebibles  
Y todo resucita“.

y en la Naturaleza comienza un ciclo nuevo desde la inocencia de llenar de verdor el campo, de empezar de nuevo la vida:

“¡Oh, Dios, por qué no cribas  
A tanto miserable  
De contumaz miopía  
Que no sabe de paz  
Ni quiere la justicia!”

Pero no es lo habitual. Oliva usa siempre la ternura, o la ironía, nunca la rabia.

Por los versos de CORRIENTE Y MOLIENTE pasa un pueblo de aquellos que alimentaron la diáspora de sus gentes y las hizo europeas antes del “euro” y sus veniales sonrisas proclamadas.

“... mi alma que cansada  
Sólo se acuerda (...)  
Del campesino analfabeto  
Que hacer quería un agujero en la noche  
Para ver si Dios estaba dentro;  
De los perros amables, de los guardias  
Que nunca me insultaron, por lo menos, (...)  
De tabernas donde hay siempre conocidos bebiendo, (...)  
De algunos curas pobres, de su hábito tan raído y viejo,  
Del médico embarrado y su termómetro clínico.  
Como esas casas, como esos canes,  
Como esos niños tan famélicos,  
Tan tristemente olvidados

Que temen al forastero,  
De esas pequeñas cosas  
Que hoy me parece no tener arreglo“.

Efectivamente, como él decía, su poesía era fruto de un acceso de rabia, aunque contenida, de ironía, de desprecio, de ternura sobre todo. Y nunca -creo- corrigió. Lo suyo no era la reflexión pausada, sino la explosión vital e intuitiva, madura de tanto llevarla a solas bajo el cielo.

Nadie busque estructuras técnicas, preceptos literarios. De haberlos, pura intuición será, contagios de lector, nunca propósitos buscados. Oliva posee el don mágico de saber expresarse. Si cautivaba a los lugareños con su palabra, ¿cómo no iba a saber contar y cantar a solas en un papel?

Hay en este libro dos poemas estremecedores y estremecidos. Uno se titula CARTA, y en él comunica a su amigo Gabino Alejandro Carriedo que se va a morir de un cáncer en la garganta. Y no lo hace desde el desgarrar sentimental expresivo ni la retórica de un tremendismo personal. Su dolor sólo le importa a él y -acostumbrado a soportar el haberse reído tantas veces de sí mismo- quiere compartirlo con un amigo, despedirse de él, pero con toda la naturalidad y la elegancia de llorar por dentro.

Nada en el poema es solemne, ni está magnificado, ni quiere ser dramático. Pero al leerlo, cada uno va componiendo en el aire, o en el llanto, un perfil trágico.

Es, sin embargo, un poema grande. Quien supo escribirlo ha de ser considerado como un poeta de verdad. Qué importa que fuera tardío y, además, desconocido.

“GABINO, amigo de Madrid:

No tengo miedo. Escribo.  
Recibí tus sandalias portuguesas  
Pero tengo mi vida en los caminos.  
Sé de las zarzas donde nidos hay,  
Bebo vino corriente con todos los mendigos,  
Miro al cielo tumbado en las cunetas,  
Soy ingenuo, tan feliz y sencillo,

Que no tengo siquiera licencia de armas.  
Oigo campanas plañideras y sigo  
Pensando el forzoso desertar de la vida.  
Tomo después puñados de tomillo  
Y me refrescan y al olerlo  
Hasta creo en lo divino,  
Y gracias doy, porque estuve  
En manos cirujanas que dejaron un hilo  
De voz -siquiera- en mi garganta,  
Y miro a los lados y quedo pensativo,  
Y leo eso de Ginebra y de los cuatro grandes  
Y eso otro de fútbol y ministros,  
De homenajes de siempre a los de siempre  
Y quedo pensativo.  
Pero lo dejo luego  
Y sigo mi camino  
Ganando el pan que cada día me hacen  
Más duro, amargo y vomitivo.  
Todo lo hago poesía y a veces hasta lloro.  
Pero ya no hay remedio, digo.  
Acaso llame al médico.  
Acaso escriba un libro.”

Quien tanto disfrutó de la vida, no dio a la vida la menor importancia. Se murió en silencio en el octubre de 1962. Yo residía, entonces, a 15 Kms., de donde le asaltó la muerte. Y no me enteré, Y eso que en los pueblos las noticias vuelan, sobre todo cuando se trata de una persona conocida por todos, popular en el mejor sentido, -el que buscaba Manuel Machado- necesaria y perfecta en lo suyo. Pero el pueblo es maestro, dicen, y sabe interpretar los deseos de los seres superiores. Isaac Oliva no habría resistido que las gentes se dolieran por él que ya -eso sí- hacía algún tiempo que no asustaba a los niños nuevos, ni había venido -y ya era hora- a capar los cerdos, los burros, los caballos, los corderos.

Esta fue su despedida:

## DESEO FINAL

“ NO pretendo mausoleos  
Ni piedras eternas  
Ni amores eternos.  
Me conformo con un cero  
Escrito con tiza en la pared  
Del cementerio.  
La lluvia hará su oficio  
Y yo el mío: el de pudrirme.  
Lluvia y olvido“.

OTRO gallo canta en el corral de Cres Sanz Ruipérez, nacida en Baltanás en 1.908. Maestra nacional y mujer ejemplar, dueña de una personalidad irreductible que se movió siempre fiel a unos principios humanos elementales. Por mantenerlos vivos, ha renunciado a muchas bienvenidas en su larga vida.

Su biografía se compone de gestos, no de hechos. De la vida lo sabe todo y no espera más que una mirada de Dios, convencida de que sólo fue una “beata por libre”. Y rebelde desde la niñez. Hizo, por ejemplo, su primera comunión sin decírselo a nadie, con los zapatos llenos de barro y un velo negro por estar de luto, -¿adónde va esa niña?- entre todas que lo llevaban blanco y reluciente de servus el calzado. Repitió parte del 5º curso y todo el 6º de Bachillerato por no hacer una declaración jurada, y no ingresaría en la Escuela Normal por no presentar su informe personal, que advertía: “conducta moral, buena; religiosa, regular; política, hermanos comunistas peligrosos”. Pero al cambiar la normativa de la enseñanza, se hará maestra por el plan bachiller y no opositará al Cuerpo de Maestros Nacionales al negarse de nuevo a presentar el referido informe personal. Y -paradojas de la Justicia- se convierte, por necesidad de personal, en profesora auxiliar, sección de Letras, de la Normal durante 9 años. Como el sueldo no es mucho, da clases en casa. Antes las había impartido en la escuela privada de doña Mariana Pastor.

Su primera escuela nacional, párvulos, la tuvo en Alar del Rey; la última, en Dueñas. Fue, durante muchos años, maestra al viejo mo-

do: dejó su sangre en la escuela para que entrara la letra, todo el amor y la fuerza de su corazón para enseñar a los niños a estar en la vida.

Dos acontecimientos aciagos de España la marcaron: la gripe la dejó sin padre, la guerra, sin hermanos: uno se exilió a Francia y el otro pasó seis años en la cárcel, Fuerte de San Cristóbal, regalo de aquel Baltanás trágico del movimiento azul mahón al aire.

Hombres significativos, Luis Martín Santos y Juan Manuel Díaz Caneja, la admiraron por recia y humana; otros, menos grandes, la desplazaron por “roja y pobre”, nos confiesa con tristeza, pero con altivez.

No es necesario hablar más de sus señas vitales porque todo su vivir está en sus libros. Cres Sanz Ruipérez busca la poesía en su propia vida, o lo que es lo mismo, hace de su vivir materia poética. Como quería Rilke su poesía se nutre de experiencias personales.

Su obra literaria está compuesta por un primerizo, y único, libro en prosa, UNA LIMOSNA “PA” SAN JUANILLO, sobre tradiciones palentinas, en el que no parecía encontrarse a gusto y sí moverse desde una dimensión pedagógica o, al menos, didáctica, y cinco libros de poesía: POEMAS PARA EL RECUERDO, 1.986, DESDE LA VIDA, 1.987, CON OTRA LUZ, 1.987, RIMAS DEL COLOR DEL TIEMPO 1.988, TODO ES AYER, 1.991 y una “plaquette” con un largo poema: ESTA GRITANDO EL ALMA, 1.998. Todos ellos escritos desde la sencillez de quien no necesita ser oído y siente la necesidad de decir.

Y, ¿qué nos va a contar? Cosas de la memoria. Hechos de la vida. Hechos que empiezan a cantarse y contarse cuando se está acercando a los 80 años.

MEMORIA y PRESENTE desde un ir y venir constante por *la vejez, la soledad, la tristeza, la rebeldía, la guerra, la esperanza y Dios*, en un recorrido circular mezclándose, apoyándose, sacando de la vida lo que ésta le dio:

“Acaso más que nadie  
me castigó la vida“.

Nos lo dice sin seguridad, pues aunque conoce exactamente cuánto de dolorido fue su caminar, nunca, por disciplina de personalidad, se pondrá a la cabeza de nada.

Cres Sanz Ruipérez tiene un arma cautivadora para la comunicación: la sencillez en el decir. Le importa ser clara, no aparecer bella y, sin embargo, alcanza la belleza total en muchas ocasiones, de tan limpia claridad.

Su meta es siempre la emoción porque piensa que comunicación sin emoción es solamente mensaje, palabras que no penetran en el lector.

“Juego a felicidad  
y a hacerme compañía.  
Engañarse a sí mismo  
es diversión que anima.  
También le cuento a Dios  
las cosas más sencillas.

Después... me voy a casa y lloro un poco,  
que tengo esa manía“.

En estos pocos versos se hallan tres elementos básicos en la poesía de Cres Sanz Ruipérez: TRISTEZA, SOLEDAD y DIOS. Con ellos, un poeta al uso, habría hecho un canto desgarrado, una llamada de sirena a los oídos ofreciéndoles un llanto por tanto dolor. Pero ella no da importancia a su sufrimiento: es normal, todos sufren, yo no podía ser menos. Tampoco da valor superior a lo que escribe. Los poetas grandes son los otros, pero unos más que otros.

Y a lo mejor por eso es tan intensa en emoción: porque mira con pureza y ve lo que quiere ver y otros no ven, pero lo visto es transmitido sin acritud ni afán beligerante. Ella cuenta verdades, que los demás les pongan el vestido que quieran:

“Hay muertos sin cipreses  
y hay pinos que acompañan a los muertos.  
Pero un día los pinos desmedrados,  
-más jóvenes los pinos que los muertos-  
exhalaban perfumes de cenizas...”

En ese lugar del Cerrato, donde un día hicieron una repoblación forestal y hoy devora el fuego de un incendio, están enterrados los muertos de un pueblo en aquellos primeros días de guerra civil.

Está dicho: ni perdón ni olvido ni encono. Contarlo es para ella un acto de solidaridad con esos muertos.

Decíamos que Cres Sanz Ruipérez publica su primer libro en 1.986. Es pues, por razón de su nacimiento, una anciana. Ha dejado de ser maestra de escuela y tiene todo el tiempo del día para sí. Conoce sus limitaciones físicas:

“mis manos desmayadas  
pesando de vacías“.

y experimenta en su persona el ir dejando, poco a poco, de ser alguien:

“ya nadie la despide en estaciones  
y nadie la recibe a su llegada;  
será igual no llegar, llegar cansada...“

y le nace, entonces, una afirmación de proclamar su denuncia humana desde los dos únicos marcadores con que cuenta: ayer y hoy. Y se duele del desamor, del olvido en que se mueven los viejos, del poco apego actual por lo que ayer fue sagrado:

“Para nacer o morir  
nadie tiene ya una casa“.

A lo mejor por eso la gente de hoy cambia de casa sin dolerse, casi como deporte. Denuncia las atenciones impersonales que ofrecen los hospitales, la indiferencia con que es visto en ellos el hermano viejo.

Pero no va a ser el suyo un canto de la vejez, sino el cuento de una vida desde la vejez, desde la elegancia de la humildad de no dar importancia a lo que dejó hecho. Ella se sabe una mujer sin otro oficio ya que el de ver el sol y esperar la muerte. Mientras, lee, ama a sus amigos, disfruta con lo sencillo y se duele de los fracasos ajenos.

Qué cerca están los poetas de verdad, unos de otros, que hasta pueden expresar lo mismo en parecida edad sin haberse leído: “De todo queda nada“. Casi clavado al sentir del magistral soneto VIDA, de José Hierro, en CUADERNO DE NUEVA YORK. Es la serenidad de

comprobar en qué quedó aquello que intentamos fuera llama, torre, camino para los que nos ven. Es el sentimiento barroco de la decepción del hombre ante la vida a punto de quebrarse, pero sin barroquismo.

En este caminar por su obra, Cres Sanz Ruipérez es invariable, para bien, quiero significar con ello que todo su hacer se mueve en un solo mundo poético: su mundo vital, que va depurando expresivamente con los años, mejor, con los poemas. Cada poema le sirve de afianzamiento para los siguientes y así comprobamos cómo muchos versos gratuitos en su primer libro van siendo eliminados en los siguientes hasta llegar al poema ESTA GRITANDO EL ALMA en el que sólo quedan palabras para la emoción.

Y le brotan algunas rebeldías contenidas en el tiempo. Ella, que lo fue en los hechos, aunque no en las palabras; pero liberada de “miedos administrativos” denuncia la injusticia de la falsa caridad:

“Recibían un pan del Obispado  
por cabeza y semana:  
la bendita limosna  
que besaban con una dentellada.”

para confesar abiertamente, valientemente:

“Y soy altiva.  
He merecido serlo  
por sentirme humillada,  
y por querer volar  
con las alas cortadas.  
Por haber renunciado a la defensa  
de una vida robada.  
Por eso soy altiva,  
pues, precisando todo,  
ya no deseo nada “.

Cuenta esta poeta con tres enemigos significados: la muerte, la guerra y la soledad.

La muerte se traduce en muertos que la acompañan desde la niñez: tiene 8 años, nos dice, y ya ha perdido a una hermana de dos, al caballo de siempre con que trabajaban la huerta y a su padre. Mucha muerte para tan poca infancia. Y como vive mucho, los muertos se amontonan en recuerdos. Los de la guerra son los más dolorosos.

“Tiempos de guerra y muerte.  
Recuerdos dolorosos guarda el alma.  
Ahora que se puede hablar de ellos,  
se perdieron las ganas“.

La guerra es un dolor arrastrado año tras año en silencio.

“España, ansia de paz,  
cansancio de palabras...”

Es el dolor desde la no militancia. Es, en el fondo, la voz acusadora del pueblo la que canta, casi una voz que sale de un coro y, en solitario, nos suena llanto de tragedia:

“NO pueden devolverme lo robado:  
la vida de mis muertos,  
la risa, la alegría,  
los sueños,  
la juventud jamás vivida...”

En otro poema nos dirá que nunca fue joven pues “la guerra me hizo vieja”. La vida, no los años de vivir, se lleva dentro, no se va agotando día a día, y se nos caerá de golpe. Mientras, queda la memoria.

“La vida plena está en la memoria,  
en mantener vivo el tiempo del ayer”

cantará en uno de los poemas de TODO ES AYER.

De ese ayer intenta -pero es más doloroso- curar las heridas desde la ironía, como en el romancillo a un mutilado de guerra, cojo, al que pone un ritmo, casi, de baile y que titula NIÑERÍA:

“Volvió de la guerra  
a la “pata-coja”.  
Ella lo dejó.  
El no fue con otra  
y caminó siempre  
a la “pata coja”.

Hasta en poemas que podríamos llamar de testimonio folklórico (?) se apunta la guerra, al menos como palabra para que, si ella la sufrió, nosotros aprendamos a odiarla:

“No fui a la guerra  
pero hirieron mi alma mortalmente;  
sólo el sentimiento es mío”.

Nadie inventa su ayer. Y trabajar sobre la realidad, duele. Y más si esa realidad no se separa del recuerdo:

“La guerra  
que sufrí no es un sueño.  
La tengo ante los ojos  
llorando a tantos muertos”.

Los muertos: eternos compañeros. “Los suyos son los muertos y los sitios vacíos”. Nunca existió el olvido para dolor tan grande: “sentir que vivo con aquello”. Mucho debió perder Cres Sanz Ruipérez en esa guerra, presente en todos sus libros, como una arruga. La guerra en el Cerrato fue dura, a pesar de que no hubo frente. Y en Baltanás más dura. ¿Tanto rencor entre páramos y vallejos? No, no hay lugar para el olvido. Tampoco para acusar a nadie.

Este recordar la guerra encuentra su cauce en el poema CUANDO VI “EL GUERNICA”. He aquí un poema digno de estar en todas las antologías de la poesía de los que vivieron la guerra y la cantaron. Pero los grandes doctores literarios jamás se pararon ante los versos de mujeres de 90 años, plenas de humildad y sin pretensiones de ser tenidas en cuenta.

En él sí asoma la rabia. La joven que vivió y sufrió una guerra, grita contra esa guerra aunque la canta. Sin odio al vencedor, ella no fue más que una derrotada. Vivir una guerra marca, ya lo creo que marca, sobre todo si se pasó miedo, si se estuvo perseguido, si se libró de represalias por los pelos.

Yo les aconsejo, perdón -los consejos y el agua no se dan, se piden- leer atentamente este poema para saber valorar lo que es cantar un gran dolor desde la experiencia personal haciéndolo comunal. Se canta el cuadro porque se ha vivido la tragedia que el cuadro muestra.

El tercer enemigo es la soledad. Y es enemigo porque su soledad no es voluntaria, no es para gozar del yo: "Por no tener a nadie:/ YO". Es una soledad impuesta por la sociedad de hoy a los viejos, que no consuela nunca: "muriendo sin morir estoy viviendo", y que llega a vencer su fortaleza probada: "La triste soledad es un gran peso/ que aplasta mi valor".

Sentir la soledad como peso es más frecuente que como dolor. Quizá por débil de cuerpo, aguanta más el dolor que el peso.

"Ni crea ni recrea,  
da nada y todo quita.  
Realidad que aplasta  
más y más cada día."

Ha llegado a un tiempo en que "sola está cuando está sola,/ y sola si la acompañan", porque a los 90 años sólo se vive "la soledad vacía / de quien lo perdió todo".

Cuando la soledad es más aplastante, o más dolorosa, la expresión es de una tristeza que conmueve: "Sólo tengo a los muertos". Y, "algunas veces Dios". Un buen día en este negocio de la vida hace balance de la suya y nos confiesa que:

"La mantilla de novia de mi madre (...)  
y el recuerdo vivo  
de una guerra -por odiada perenne-  
(...)  
la soledad, y Dios en esperanza,  
es todo lo que tiene".



“Danos tu mano, Dios, dame tu mano.  
Estoy sola y cansada.  
Fuera de ti, Señor,  
ya no preciso nada”.

Y como no es beatería, estos versos no expresan más que la proclamación altiva y humilde de la derrota humana.

A medida que avanza el tiempo crece la esperanza y se mezcla con lo religioso. Me atrevo a decir que a los 90 años se está de vuelta de todo, menos del dolor y de la esperanza.

A Cres Sanz Ruipérez la sostienen los recuerdos, -de los que no se apea por más que siempre dolorosos-, y la esperanza, por si existe algo mejor a lo que llegar.

“Nunca pediré perdón  
por conservar la esperanza”.

He seguido la poesía de Cres Sanz Ruipérez libro a libro, pero es ahora, leída en su conjunto, contemplando su cuerpo y alma cargados de años, cuando veo de verdad toda la honrosa autenticidad de su canto. A ello contribuye su sencillo decir:

“Huyo de la metáfora.  
Me gusta lo real y directo”.

Tiene como maestros -aunque muy lejanos- a León Felipe y Antonio Machado.

Sus versos saben hacerse con los libros -o sea, a medida que los escribe- más personales: deja de usar las estrofas clásicas para moverse en versos tradicionales, en una combinación para un ritmo rápido apoyados en una rima asonante según le sale, que es la forma más rica de expresión poética. Y como lo suyo no fue nunca lo formal -quiero decir que no le dio importancia- sino lo emotivo, no me voy a detener más en el aspecto externo de la poesía de esta cerrateña.

Poeta tardía, sí, y de una hondura que conmueve, que posee el don de la autenticidad.

En lo que va de siglo, en Palencia, otros habrán expresado con más galanura su mundo personal, pero nadie más poeta que Cres Sanz Ruipérez.

